**El secreto de la lis y el clavel**

**Mildred Yuserin Peña**

Bubok Publishing S.L., 2016

1ª edición

Impreso en España / *Printed in Spain*

Editado por Bubok

*Con amor, para Arnaldo*

**Índice**

Prólogo.…………………………………………………………………………………….......7

I Parte.

Romance bajo la lluvia…………………….…………………………………………………...5

II Parte.

La libertad de Leyre…………..………………………………………………………………18

III Parte.

Encuentros y desencuentros………………...………………………………………………...37

IV Parte.

El misterioso prisionero………...…………………………………………………………….50

Epílogo………………………………………………………………………………………115

**Prólogo**

1735

 La mujer empujó con todas sus fuerzas el cuerpo que yacía encima de ella inerte y rígido. Observó el rostro anguloso y apuesto del hombre maldiciéndolo internamente, mientras miraba con asco cómo un hilillo de sangre que resbalaba suavemente por la nariz del cadáver.

 Curiosamente no sintió temor, culpa o disgusto alguno por sus acciones, aunque acababa de convertirse en una asesina, gracias al brebaje venenoso que acabó con la vida de su marido. Lo que la embargaba era una sensación de poder y de alegría por haberse deshecho del blandengue con el cual se había visto obligada a casarse.

 Su próximo paso era el más atractivo y menos difícil de ejecutar de entre todos los vericuetos del macabro plan que fraguó desde la noche misma de su matrimonio. Le correspondía poner su mayor esmero en interpretar el papel de viuda joven y desconsolada, que busca consuelo en los brazos vigorosos de quien se convertiría en su próximo consorte. Y ese marido estaba muy cerca, prácticamente al final del pasillo.

 Una fugaz sonrisa iluminó su hermoso rostro mientras tomaba el candelabro y prorrumpía en gritos desgarradores que despertaron inmediatamente a los habitantes del castillo.

**Primera Parte**

**Romance bajo la lluvia**

**1737**

I

 Recostada sobre el pasto, Jeanne procuraba dejar de lado sus pensamientos sombríos. Su abundante cabello color naranja desparramado contrastaba soberbiamente con el pasto húmedo y verde sobre el cual reposaba. Con sus grandes ojos color esmeralda miraba los altos abetos que competían unos con otros por tocar las nubes peregrinas que se deslizaban suavemente entre las ramas de los pinos. El trinar de las aves que parecían gorjear trovas secretas despertando ecos lejanos en el paisaje y el sonido del riachuelo colándose entre las grandes piedras le aliviaban de tal manera su estado de ánimo, que hubiese querido quedarse el resto de su vida formando parte del paisaje.

 Sin embargo, dos preocupaciones gigantescas le robaban la tan ansiada paz y retornaban a sus pensamientos abriéndose paso entre ellos de forma vertiginosa aproximadamente cada treinta segundos. Por un lado, su padre el VII Conde de Ribemont ya entrado en años y al que amaba con locura, yacía en su cama y prácticamente confinado en su enorme castillo a causa de una extraña enfermedad que le impedía articular si quiera una palabra; y por el otro, si no encontraba marido en el lapso de una semana, antes de su vigésimo cumpleaños, debía desalojar su hogar y sus posesiones, que irían a parar a manos de un primo muy lejano y desconocido, llamado Antoine de Clamart.

 Presa de una zozobra cada vez más creciente, la joven repasó mentalmente sus dos últimos posibles candidatos para salvarla de la ruina: el duque de Egalité que contaba con seis décadas sobre su jorobada espalda y el marqués de la Reine que acaba de cumplir 13 años. Ambos pretendientes le parecieron tan inverosímiles que por cuadragésima tercera ocasión se preguntó cómo llegó a este punto y concluyó que la responsabilidad recaía sobre su mismísimo padre, el señor Conde.

 Perdidamente enamorado de la madre de Jeanne, para él supuso una fuerte conmoción perderla cuando la niña contaba con siete años. Por eso volcó todo su amor y su ternura en esa frágil criaturita de cabellos rojizos que parecía suspirar profundamente aliviada de tenerlo cerca. La niña se convirtió en su más preciado tesoro, al punto de criarla desafiando todas las convenciones de la época en cuanto a lo que debe ser el comportamiento de una damisela. Jeanne no sólo parecía más un chico montaraz que una futura Condesa, sino que además, su preparación académica le impedía prendarse de hombre alguno de escaso intelecto.

Para el Conde, Jeanne se convirtió en el hijo que siempre quiso y nunca pudo engendrar. Así, la futura condesa tenía una vasta preparación académica poco usual para las mujeres de su época y tal vez, precisamente por ello, podía sostener largas conversaciones acerca de caballos, matemáticas, filosofía, finanzas, religión e historia, superando a muchos caballeros de su entorno, lo que la hacía una compañía espantosa para cualquier pretendiente ávido de una mujer sumisa. Sus posibles aspirantes casaderos, en el mejor de los casos, la miraban con recelo y en las situaciones más críticas, huían despavoridos considerándola varonil e incluso llamándola bruja.

 Consciente de todo ello, la joven recostada en el adorable paisaje de la campiña francesa cerró los ojos y pidió a Dios con todas sus ansias, que le enviara del cielo un hombre bien. Tal vez debido a la intensidad de su ferviente oración, la joven filósofa no oyó, ni vio venir la enorme masa corpulenta que se le cayó encima provocando que soltara una de sus palabrotas preferidas.

* ¡Mierda! ¿Será posible que no veas por dónde andas? –gruñó mientras empujaba con fuerza al pesado hombre que le aplastó el estómago cuando tropezó y se derrumbó sobre su humanidad.
* ¡Voto a Dios que tienes bien sucia la boca, moza! – le dijo el hombre de marcado acento español y voz grave mientras procuraba con algo de esfuerzo levantarse y a la vez continuar mostrándole a Jeanne su enorme ojo azul agrandado a través de la lupa- ¡Mi señora, por Dios Santo, si no eres una tabernera como tu vocabulario me hizo creer en un primer momento, sino una hermosa y agraciada jovencita!
* ¡Pues quita, sal de encima de mí, mequetrefe! – respondió una aún más enojada Jeanne en perfecto español.
* ¡Con mucho dolor quitaré mi cuerpo de encima de tu humanidad, mi bella dama de lengua mordaz! – expresó el desconocido mientras se levantaba con desdén.

 Jeanne no pudo menos que ahogar una exclamación y olvidarse instantáneamente de su enojo, cuando le vio incorporarse y se dedicó a observar con detenimiento al desconocido, descubriendo unos adorables ojos azules que hacía juego con espesas cejas oscuras, enmarcados en un corto y varonil cabello rubio; todo ello simétricamente distribuido en un rostros cuadrado, de labios pequeños y hoyuelos en las mejillas.

 Por si no fuese suficiente, el hombre poseía un cuerpo atlético de anchas espaldas y destacada altura. Tentada estuvo de decirle que era justo el tipo de marido que necesitaba, cuando el recién llegado le hizo una graciosa reverencia y se presentó.

* Conde Alonso de Saldueña, libre como el viento, sin ningún compromiso que me ate, estudioso por naturaleza, amante de los insectos, filósofo, político, matemático y químico; soy un ferviente defensor de la dignidad de la persona y su igualdad como requisito indispensable para vivir en sociedad y me encuentro a sus órdenes, bella dama.
* Jeanne de Ribemont, hija de un Conde agonizante y necesitada desesperadamente de un marido para no convertirme en una pordiosera – se presentó a su vez la joven.
* Pues con mucho gusto estaría dispuesto a renunciar a mi estado actual, con tal de ayudar a una damisela en apuros-contestó el Conde, mientras una traviesa sonrisa se adueñaba de su apuesto rostro.
* No es una broma lo que acabo de decirle, caballero – respondió la joven intentando a duras penas recuperar su aplomo
* Ni yo soy sarcástico al decirle que cuenta conmigo – repuso el joven, fijando su mirada en los ojos de ella y anticipando el futuro goce de ser su marido.

 Unos truenos sorpresivos acompañados de frías gotas de agua obligaron a los jóvenes a correr para alejarse del placentero paraje en busca de refugio. Divisaron una cabaña abandonada a la vera del camino y corrieron hacia ella a pesar de estar excesivamente calados por el magnífico e insólito vendaval.

 Ya dentro de la chozuela y sin ningún miramiento, Alonso se despojó de sus ropas y se dedicó a encender la pequeña chimenea. Jeanne, mientras tanto, completamente hipnotizada por la desnudez del caballero, observaba los músculos bien definidos de la espalda y los brazos del Conde.

* Agradezco tanta atención hacia mi cuerpo, joven dama, pero si no te despojas pronto de tus vestiduras, te resfriarás sin remedio – señaló Alonso mirándola de reojo, mientras una disimulada sonrisa se esculpía sus labios
* No le observaba a usted en absoluto caballero, sólo estaba distraída viéndole encender la hoguera, es algo que muchas veces he intentado y no he logrado hacer jamás-contestó Jeanne simulando su progresiva vergüenza al ser descubierta.
* Siendo que ya aprendió a hacerlo, ¿podría entonces desvestirse y colocarse una manta encima? – y al vislumbrar el enojo en los ojos asombrados, añadió- por respeto a su pudor me voltearé, pero mucho le agradecería que no me observe mientras yo no puedo verla – sentenció Alonso mientras sonreía al observar las ardientes mejillas indignadas de Jeanne.

 Acicateada en su amor propio y haciendo gala de la impulsividad por la cual su padre tantas veces la escarmentó, Jeanne se dirigió directamente al frente de Alfonso y como si no le importara en lo absoluto mostrar su cuerpo desnudo, comenzó a desvestirse lenta y provocativamente frente al hombre.

 Instantáneamente un placer profundo e inesperado brotó de las entrañas de Alonso y como por un efecto de repercusión, una Jeanne cada vez menos recatada terminó de despojarse de su vestidura sin apartar los ojos de la mirada ardiente del Conde. Un fuerte trueno hizo retumbar los cristales de las ventanas, Alonso se acercó y acarició con las yemas de los dedos el cuerpo de la mujer; ella supo que su vida estaría ligada irremediablemente al hombre de hermosa sonrisa y sin que pasara mucho tiempo, en medio de la vorágine de besos y abrazos, ambos rodaron al unísono sobre el suelo desnudo.

III

 Jeanne abrió lentamente los ojos, sintiendo que una masa blanda le aplastaba el desnudo pecho. Estirándose lentamente tomó el posesivo brazo de Alonso y lo apartó, logrando que el hombre abriera los ojos. Sus miradas se encontraron y ambos sonrieron.

* ¡Buenas noches, caballero! - dijo Jeanne a un Alonso de mirada embelesada.
* ¿Qué tal has dormido, esposa mía? –contestó éste
* ¿Esposa?-exclamó la mujer sonriendo
* Pues no creerá que después de haber comprometido su virtud será abandonada sola a su suerte, mi bella dama- expuso Alonso mirándola seriamente a los ojos.

 Lágrimas de agradecimiento al cielo brotaron de los ojos de Jeanne cuando comprendió la petición subyacente en las palabras de Alonso y mentalmente agradeció al cielo, pensando en lo afortunada que era, pues no sólo recuperaría su herencia a través del matrimonio, sino que además, se casaría con el hombre más apuesto y desvergonzado que había conocido en su vida.

 Después de reponer sus fuerzas menguadas con la cesta de alimentos que Jeanne llevaba consigo en cada uno de sus paseos, los jóvenes iniciaron una larga conversación. Jeanne ahondó, a petición del Conde, en el tema de su necesidad de encontrar marido por conveniencia antes de siete días, a fin de no perder todo aquello que había pertenecido a su familia durante generaciones. El joven Conde, aquejado a su vez por problemas familiares que le habían obligado prácticamente a huir de su tierra de forma precipitada y prendado totalmente de la joven pelirroja, le pidió su mano y acordó ser su marido hasta que la muerte los separase. No había terminado de pronunciar la palabra “muerte”, cuando un ave cantó de forma triste, provocando que Jeanne se le erizara la piel.

IV

 Antes de culminar la semana, el castillo de Ribemont se llenó de flores y de invitados, en lo que sería una de las bodas más recordadas de la Comarca. El puente levadizo fue adornado con lirios y claveles, las altas murallas lucían orgullosamente los estandartes del Condado que jugueteaban con la brisa y desde cada una de las torres, el insistente sonido de las campanas anunciaba la alegría de los habitantes del recinto.

 La joven novia superó las expectativas de las damas dadas a la murmuración y el cotilleo, que esperaban encontrarla vestida de forma ignominiosa. La hermosura natural de la joven se veía realzada con un suave vestido beige con pinceladas de oro, sencillo pero regio.

 Una vez que inició la ceremonia, Jeanne hizo su entrada a la Iglesia tal como lo haría la princesa de un cuento de hadas; su hermoso vestido ceñido al cuerpo dejaba entrever una hermosa silueta femenina, su largo cabello tejido con flores blancas, le daban un aspecto puro y etéreo. Las doncellas casaderas, por su lado, la miraban de forma furibunda y más de una no podía disimular la envidia hacia la hermosa novia, por haber tenido la fortuna de casarse con un hombre tan apuesto; justamente ella, la damisela de aspecto varonil que cabalgaba a horcajadas como los hombres y de quien había tantas habladurías existían entre las damas, por no ajustarse a los convencionalismos y normas de etiqueta que todas, menos ella, respetaban.

 Una vez culminada la ceremonia nupcial, el banquete logró apaciguar los ánimos de las invitadas y entre copa y copa, más de una aleteó sus alas de mariposa enamorada alrededor del novio, mientras éste levantaba las cejas en medio de un rostro sorprendido por tantas muestras de afecto. A su lado, su joven y bella esposa reía con una risa fresca y cantarina.

 Esa misma noche, al calor de la chimenea, nuevamente la física y la química, ciencias de las cuales Alonso era tan devoto estudioso, le demostraron la precisión de la atracción de los cuerpos y las propiedades de reacción de la materia.

 La noche en su silencio los envolvió. Jeanne, sintió crecer un mar arrollador en su interior cuando los besos insistentes de su marido y las caricias que le prodigaba, la transportaron a un mundo en el cual no existía temor ni dolor, sólo gozo, placer y felicidad.

 Alonso, por su parte, entendió por primera vez en su vida el significado de la palabra amor conyugal, en el cual dos mentes y dos cuerpos se unen en absoluta correspondencia. Sin secretos y con total devoción.

 El fuego de la chimenea se apagó y el amanecer los contempló abrazados, sosegados y sintiéndose profundamente amados. Fue tal la pasión desarrollada por los jóvenes amantes, que los habitantes del castillo sonreían con malicia cuando al cabo de una semana lograron ver el rostro de la Condesa o del Conde cuando abandonaron sus habitaciones para cabalgar.

 Poco a poco la cotidianidad invadió nuevamente el Castillo. Cada vez se hizo más frecuente ver a los esposos cabalgando por el feudo, saludando a los campesinos, oyendo sus necesidades y solucionando sus dificultades. Si bien Jeanne hacía todo esto prácticamente sola desde la enfermedad de su padre, contar con Alonso a su lado la motivaba aún más. Él resultó un excelente apoyo para impulsar mejoras en la propiedad.

 Jeanne y Alonso se dedicaron a administrar celosamente las tierras y a introducir mejoras en las mismas. Todo volvió a ser color de rosa en el Castillo y el amor parecía impregnar el ambiente.

V

 Luego de tres años de intenso romance, las náuseas matutinas y los primeros vómitos de Jeanne les llevaron a descubrir que estaba soberanamente fecundada, justo unos días después del fallecimiento del Conde de Ribemont.

 Alonso se sintió el hombre más afortunado del mundo y consintió a su joven esposa con mil detalles cada amanecer. Jeanne, por su parte, en lo más profundo de su corazón sentía miedo de tanta felicidad y rogaba todas las noches para que nada empañara la alegría familiar.

 Aunque el embarazo de la nueva Condesa transcurrió con tranquilidad; justo antes del inminente nacimiento de la criatura, el Conde Alonso se volvió taciturno y temeroso por la vida de su esposa, debido a las amenazas escritas que descubrió en los alrededores del castillo, una vez fue evidente la gravidez de la Condesa. Lo que más atormentaba al Conde es que en esos escritos juraban tomar venganza contra ellos a través de la criatura que estaba por nacer.

 Fue así que el mismo Alonso se encargó de hacer los preparativos para el alumbramiento, envolviéndolo todo en un halo de misterio. Ni siquiera la servidumbre de mayor confianza sabía el lugar en el cual sobrevendría el parto. Jeanne, quien no estaba al tanto de la preocupación que aquejaba a su marido, pues éste no quería añadirle preocupación alguna ante el inminente parto, no entendía el proceder de Alonso y comenzaba a dudar sobre su equilibrio mental.

* ¿Es necesario todo esto, Alonso? – preguntó Jeanne a su ceñudo esposo mientras se dirigían a una apartada propiedad en la cual les esperaba una partera totalmente desconocida para la condesa.
* Es necesario, querida. Nunca me perdonaría si atentaran contra ti o la criatura, preferiría morir – contestó el Conde con mirada triste.
* Oh, Alonso, me asustas cuando dices eso. Nadie tiene por qué morir. Quisiera saber por qué estas así, a veces creo que estás enloqueciendo – contestó Jeanne sonriendo – esas tontas cartas que lees creyendo que no te observo, probablemente no sean más que la jugarreta de alguna muchacha herida que nunca te perdonó haberte casado con la mujer más guapa de la comarca.
* En cualquier caso – repuso el Conde mientras tomaba a su mujer entre sus brazos - esas tontas cartas deben provenir de algún enamorado de corazón roto al que humillaste con tu inteligencia, esposa mía.

 Y así, los enamorados solían transformar en risas sus desasosiegos y sospechas, pidiendo cada uno a Dios, en lo más profundo del corazón, por la seguridad del otro.

* Prométeme – susurró Alonso – que si algo llega a sucederme, sea lo que sea, te repondrás de forma instantánea y huirás.
* ¿Huir? – preguntó Jeanne - ¿A dónde?
* Toma este sobre – murmuró el Conde a modo de respuesta – Nunca dejes de tenerlo encima hasta que pase el peligro. Sólo lo abrirás si algo fatal me sucede.
* Por Dios, Alonso, no seas tétrico – expresó Jeanne, mientras la angustia crecía como un río veloz en el interior de su pecho.
* Te juro que quisiera creer que no existen razones para creer que estamos en peligro – afirmó Alonso – pero lamentablemente no es así, amor mío.

VI

 La noche del parto hubo abundante truenos y una lluvia incesante parecía querer inundar cada rincón de la mansión. La partera, en pleno oficio de alumbramiento, tuvo una visión fugaz en la cual la muerte se cernía sobre la criatura. Entonces se persignó y murmuró oraciones por la niña que justamente en ese instante asomó su cabecita y rápidamente resbaló, cayendo sobre sus manos.

 A partir de esa noche, las cartas cesaron y las preocupaciones dejaron de atormentar a los esposos. Durante meses no hicieron otra cosa que disfrutar del calor de la paternidad. Juntos observaban a la niña y tomados de la mano agradecían a la vida haber creado un ser tan perfecto.

 La niña tenía poco cabello, pero observados al sol, desprendían el color rojizo de los de su madre, lo que hacía sonreír a un orgulloso Conde Alonso, quien se declaraba el servil esclavo de dos hermosas princesas pelirrojas.

 Precisamente el día en que la niña cumplía un año, el cuerpo del Conde Alonso fue encontrado muerto, colgado de un árbol en aparente suicidio, mientras un bulto hinchado y desfigurado que parecían los despojos una mujer y su bebé, fue visto vadeando las aguas del riachuelo que algunas vez fue testigo silencioso de un compromiso de amor entre dos jóvenes que llegaron a amarse con locura.

 Las gentes del lugar murmuraban que el conde, en un rapto de demencia, había matado a su mujer, cansado de las habladurías en torno a su extraño comportamiento, pues en el colmo de su desfachatez, se había llegado a vestir como un hombre para cabalgar y más de una vez había sido acusada de bruja por creer que podía sanar a las personas, quizá invocando a los poderes de satanás. Lo cierto es que aunque los años pasaron lentamente, sobre ese desdichado suceso siempre hubo miles de conjeturas en el Condado y nunca se supo a ciencia cierta por qué el conde mató a su mujer y a la criatura y luego se ahorcó.